

Pregón Corpus Christi 2006

Baltasar Magro

Regreso a este teatro en el que por primera vez me puse frente al público, hace ya cuarenta años, para contarles una historia que ha llegado hasta mis manos. Intentaré ser lo más fiel a un relato que pocos conocen y que tanto interés puede tener, en mi opinión, para todos aquellos que viven la festividad del Corpus Christi con la máxima devoción e incluso para los amantes de la historia y de las páginas que permanecen en el olvido, fruto en ocasiones de la desidia o la ignorancia. Lo que vengo a contarles comienza de esta manera:

“...guardo en mi corazón como el mayor tesoro el tiempo que pasé en la ciudad de Toledo y la memoria de las personas que allí conocí. Me alienta su evocación con intensidad y con un sentimiento que nada ni nadie puede anular, aunque la vejez perturba algo su recuerdo. En Toledo hallé la Luz para mi existencia y su resplandor ha guiado, desde entonces, mis pasos con firmeza. Estaba necesitado de ella puesto que me encontraba desorientado, sin hallar un verdadero sentido a mi vida y a mi obra como artista.

Antes de pisar la ciudad, hoy Imperial, y que había sido romana, goda e islámica, había viajado por España trabajando con idéntica dedicación todos los encargos que me hacían: la custodia de León (¡qué filigrana de piedra y cristal se consagran en su tabernáculo!), la custodia de Sahagún o la de Córdoba. Pero sólo cuando tuve la suerte de conocer al cardenal Cisneros, de escuchar de sus labios en qué consistía el misterio que conservaba en el cofre eterno de la ciudad que él tanto quería, pude volcarme en una obra que buscaba transmitir la exaltación de la belleza más profunda para remover los sentimientos de quienes tuvieran la fortuna de presenciarla. Mi quehacer, mi devoción por la escultura debía transformarse en algo sublime, capaz de soldar las emociones a la materia. A partir de mis conversaciones con el cardenal Cisneros comprendí que un artista no puede convertirse en un constructor distante; que el conocimiento frío nos hace esclavos de las formas sin substancia. Hoy se lo digo, de continuo, a mi hijo Antonio, orfebre como yo, para que intente que el metal conmueva con sus vibraciones, para lograr que sus obras estén al servicio de un mensaje intenso.

Tuve la suerte de mantener dos encuentros privados, a solas, con el cardenal, que han enriquecido mi vida en todos los sentidos. El hombre más poderoso de España, regente de un reino que parecía no tener límites y que cada día se ensanchaba más, era tan austero y sencillo que rezaba, antes del alba, en completa soledad, vestido con el hábito pardo franciscano, en la más alejada y recóndita capilla de la Catedral. Allí me llevó su secretario, siguiendo las instrucciones de Cisneros, una madrugada de otoño del año mil y quinientos y quince.

El arzobispo de Toledo, mejor debería decir fray Francisco Ximénez de Cisneros, pues pocos había en la ciudad que no recordasen al eremita que hizo su noviciado ya muy mayor, rozando los cincuenta años, en San Juan de los Reyes; para vivir, poco después, en una choza de barro que él mismo se fabricó. Por entonces era considerado un santo y sus palabras sanaban las enfermedades del espíritu a todas las gentes que le buscaban, y fueron muchas puesto que a ninguna negó el bálsamo. Pero en aquel tiempo, cuando ya estaba cansado de deambular por el mundo y sólo aguardaba la última llamada de Dios, fue emplazado para que escuchase a una reina, para orientar la piadosa vida de la más importante dama que haya habido por estas tierras. A partir de ese momento, a fray Francisco se le exigió, se le pidió un gran sacrificio. A él, que sólo pretendía para el resto de sus días permanecer en la soledad de los campos o conventos ayudando a los más humildes, acabar su existencia orando en silencio sin otras responsabilidades u honores, se le hizo confesor de la reina Isabel. ¡Qué curioso y sorprendente puede ser el destino! Y hasta pienso que fue ella quien orientó, en gran medida, a Cisneros y no al contrario.

La primera vez que lo vi estaba de espaldas, arrodillado sobre el frío mármol, observando, yo diría que con sumo recogimiento, un desabrigado y pequeño crucifijo de madera que llevaba atado a su muñeca con un cordel. El cardenal componía una figura desdibujada entre las sombras de la noche, más inquietantes por la brumosa atmósfera que había en el interior del Templo. Tuve la impresión de vislumbrar un cuerpo que se desvanecía ayudado por la tenue y mortecina luz de un cirio que se hallaba encima de un minúsculo altar de piedra negra.

Yo no me atreví a pronunciar una palabra y el joven secretario se marchó dejándome a solas en la inmensidad de aquel silencio pétreo. Pero era consciente de que el cardenal sabía que yo estaba allí, aguardando su señal. Al cabo de varios minutos, se levantó sujetando el crucifijo dentro de la bocamanga; luego, me hizo un gesto para que me acercase a su lado. Era un hombre enjuto y esquelético, de piel muy arrugada; ya anciano, aunque se movía con cierta soltura, muy alto, de maneras suaves y expresión reservada. Me dijeron que aún vivía como si permaneciese en un monasterio franciscano y que hasta dormía en el suelo minando su precaria salud. Nos sentamos en un banco de madera en el interior del reducido oratorio.

- Os hemos elegido -dijo con voz sonora que retumbó en la empinada bóveda de la capilla- porque pensamos que haréis el mejor edículo para realzar la custodia de Isabel la Católica, que en gloria esté. Algo me dice que no me voy a equivocar -me observó fijamente, tanto que mi piel lechosa debió mostrar la turbación que me produjo su mirada, y añadió-: vuestros ojos no engañan, querido maestro.

Me explicó, después, que él también tuvo una llamada años atrás para hacer algo grande en aquella ciudad: conseguir que todos los que hablan en nombre de Jesús llevaran una vida religiosa y desprendida como corresponde a los que tienen que ser modelo y guía para los demás cristianos.

- Tened en cuenta -dijo- que yo era afortunado viajando a lomos de mi borrico por los pueblos, intentando ser un buen fraile y atendiendo a mi reina cuando lo requiriese. Pero la santa obediencia me llevó a asumir la mitra de Toledo. No en vano, Isabel estaba detrás y si la hubierais conocido, comprenderíais que su voluntad movía montañas.

Se deshizo en elogios sobre la reina Isabel. Un buen amigo mío, alemán como yo, Jerónimo Müntzer, que tuvo ocasión de conocerla, me la describió con entusiasmo hace ya varios años: "estoy convencido", me dijo, "de que el Todopoderoso ha enviado del cielo a esta mujer religiosísima, piadosa y dulce, para, en unión con el rey, levantar a España de su postración". Yo discrepaba sobre ese particular, no en vano mi amada esposa, Ruth, tuvo que hacerse conversa y sufría en silencio con la expulsión de sus hermanos de sus casas y sus tierras, sin haber hecho a nadie ningún daño. Ruth rechazaba, como es lógico, aunar en un pedestal a la reina, aun reconociendo muchas de sus virtudes.

Para Cisneros no había dudas: prosiguió exaltando con palabras, cargadas de emoción, la figura de Isabel.

- Sin dejar de cumplir con los deberes que le correspondían -añadió-, impuso a su existencia la regularidad de una religiosa, casi idéntica disciplina para el recogimiento y la oración. Rezaba las horas canónicas, fue recibida terciaria dominicana en el convento de San Pablo de Valladolid; su apoyo y respaldo al franciscanismo eran de honda satisfacción para mí, y se hizo construir en Guadalupe lo que ella llamaba "mi paraíso". Era una especie de pequeño oratorio desde donde acompañaba a los jerónimos en sus rezos. Allí conservaba el ostensorio, la custodia que vos tenéis que proteger y ensalzar con una creación que será insuperable, de eso estoy seguro y confío en ello. Por esa razón os hemos elegido, maestro. La reina cuidaba con esmero la custodia que, cuando las circunstancias lo requirían, llevaba siempre con ella. Estuvo a su lado en los grandes momentos de su vida. Sus soldados, sus emisarios recibieron la iluminación del pan eucarístico recogido en el ostensorio de Su Majestad. Y os lo aseguro, nunca conocí otra persona como la reina, con tantísima devoción a la Eucaristía. Su ostensorio es digno de admiración...

- Y..., ¿dónde se encuentra? -pregunté.

- Aquí mismo, en el Templo -me respondió.

Insistí al cardenal para que me explicase cómo había llegado a la ciudad de Toledo ese magnífico objeto por el que él sentía un especial afecto, de eso no tenía ninguna duda escuchándole. Las primeras luces se filtraban a esas horas por las vidrieras acariciando con una prodigiosa mezcla de colores el suelo y las columnas de la Catedral.

- En su testamento, la reina Isabel después de invocar a Dios y a San Juan Evangelista, su especial abogado, como ella decía, mandaba a sus herederos que mantuviesen la unidad de la fe y pedía, al final del codicilo, que los indígenas de los territorios descubiertos fueran tratados como personas libres. En el documento también nos pedía que se convirtieran en limosnas los dineros del boato funeral y muchas cosas convenientes, casi un

completo programa de gobierno, pensado para el bienestar de sus súbditos. Por ejemplo, destinar los fondos necesarios para que no se incrementasen los impuestos, conservar el patrimonio real, devolver a las ciudades sus términos, amortizar la deuda pública, mantener al día la recopilación de leyes, fueros y pragmáticas; en fin, todos los deberes substanciales para la buena marcha de la administración. La reina ordenaba en una de las cláusulas continuar la lucha contra el Islam en el norte de África. Algo que, como sabéis, me he encargado de llevar a cabo personalmente, como hice en la ofensiva de Orán. Pero vayamos a lo que nos ocupa. Isabel, mi señora, también ordenó la venta de todas sus propiedades personales para extender las ayudas a los más necesitados, como así se hizo por todo el reino. Y fue por ello que decidimos traer a Toledo el bien máspreciado de la soberana, comprando su custodia, el ostensorio, a la testamentaria regia. Así llegó a este santuario, yo nunca hubiera imaginado otra morada...

En ese instante, el cardenal se levantó dirigiéndose desde la cabecera del Templo, donde nos encontrábamos, hacia las naves de la girola. Por poco desaparece de mi vista debido a la rapidez con la que se movía.

El silencio era espectral entre los inmensos muros y columnas graníticas, sólo se oía el eco de nuestros pasos. Aquella madrugada la Catedral me resultó más colosal y misteriosa. Por sus naves se percibían los materiales con los que se llevaban a cabo numerosas obras de enriquecimiento, impulsadas por el propio arzobispo. El santuario toledano recibió los dones del cardenal en el coro, el altar mayor, la sala capitular creada por él o la nueva capilla que iba a conservar, igual que un tesoro, el rito mozárabe, la antigua liturgia hispana que mantuvieron los cristianos sometidos a las autoridades árabes, a la vez que conservaban sus tradiciones sin rechazar por completo la cultura de la dominación.

Y todo ello lo hacía Cisneros mientras fomentaba el misticismo y la oración en el seno de la Iglesia toledana. Pretendía ahondar en la austeridad y virtud de los primitivos cristianos. Por esa razón, construyó un claustro alto en la catedral, con la intención de que los canónigos llevasen una vida rigurosa, casi monástica. El pueblo le quería, igual que cuando era un humilde fraile.

Caminaba con energía, desplazándose sin dificultad con sus pesadas sandalias.

- Sin esperar a vuestra solicitud, os mostraré lo que tanto deseáis conocer... -me dijo asomando una sonrisa en su rostro seco.

Había adivinado mi inquietud. Accedimos a la sacristía. Allí, él liberó un candado que protegía un gran armario, de sólida armazón y buena madera. Al retirar las dos puertas surgió la joya ante mis asombrados ojos. Nunca, nunca había contemplado una pieza de tanta belleza y perfección. El cardenal acercó una tea y, al instante, el resplandor procedente del ostensorio inundó la sala con reflejos multicolores. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, permaneciendo sin habla un buen rato. Me consideraba un privilegiado por encontrarme en aquel lugar junto al cardenal y, entre tanto, ardía en mi interior la desazón ante la difícil tarea que iba a asumir para construir una custodia que no desmereciera lo que tenía frente a mí, algo de enorme calidad artística con un valor religioso y simbólico de carácter excepcional.

Las pellejudas manos del franciscano acariciaron el metal, los esmaltes, las piedras preciosas. La custodia era hermosa por su extraordinaria concepción y su centro era el viril enmarcado en columnas ágiles, sutiles, que lograban atraerte hacia el eje, el lugar donde se depositaba el pan sagrado. Los oscuros ojos de Cisneros brillaban; deduje que contenía la emoción evocando a la reina para quien tanto significó aquella pieza de su capilla privada. Él me dijo con voz susurrante:

- Este es el receptáculo para el cuerpo de Cristo, para alojar su pres-

encia real entre nosotros. Sólo un reina como Isabel podía tener algo así, tan hermoso. Y vos, querido maestro, construiréis otra custodia que proteja aún más, si cabe, la Sagrada Forma y dé mayor realce al momento excelso de la Liturgia que debe procesionar por toda esta ciudad, tal y como es mi sueño. Así, miles de fieles podrán contemplar y participar de la Eucaristía con el recogimiento de las plazas, callejuelas y adarves de la sabia urbe, bajo la protección del cielo, cual bóveda y palio conveniente para el Señor.

Casi un año más tarde, encontrándome en mi taller, situado a escasos metros del monasterio donde Cisneros estuvo de novicio, él me devolvió la visita por sorpresa. Yo y mis obreros nos frotamos los ojos nada más verle. Todos besamos su anillo, mientras él nos sonreía complacido. Deseaba conocer, de primera mano, las trazas de la custodia y el resultado de las fundiciones que habíamos iniciado recientemente. Parecía agotado, en tan sólo unos meses la senectud se había hecho más evidente en su castigado cuerpo. Respiraba con alguna dificultad, pero sus ojos conservaban la misma intensidad. Poseía una mirada que te llegaba al corazón sin intimidarte.

- Aquí, maestro, coronando este bosque de pináculos y arbotantes, esta torre cuajada de agujas que habéis dibujado ¿qué os parece si colocamos la figura de Cristo resucitado? En la maqueta de madera que hicisteis la cumbre del templete apenas resaltaba...

Fueron muchas las sugerencias que me hizo. Eran propuestas sabias, muy acertadas, para engarzar el conjunto con suma delicadeza. Le describí, con el máximo detalle, todo lo que pensaba hacer y las modificaciones que había imaginado:

- ...y fijaos, bajo esta cúpula estrellada unas campanillas, para que su sonido anuncie la llegada de la custodia. Y aquí, ¿qué os parece?, iría bien una paloma con las alas extendidas...

El me escuchaba de pie, se había negado a sentarse. Y lo hacía con mucho interés.

- Maestro -me dijo con aquella voz que te envolvía, ahora más apagada aunque sin dejar de envolverte-, lo esencial es que todo sea etéreo, liviano...

- No os comprendo -musité.

- Que no pese ante las miradas, que no se cruce, ni las detenga; que resalte lo esencial y nunca turbe la devoción por la Eucaristía. Y que todo lo envuelva convenientemente; que lo protejáis con un manto de filigranas, casi con la suavidad de las plumas y la grandiosidad de una torre que acaricia el cielo. Que sea como un ala mística que cubra dulcemente el ostensorio. Así se cumplirá lo que más deseo: llevar casa por casa, por las calles, el misterio del sacramento eucarístico, el pan divino que conmueva a las almas de los pecadores y enaltezca a los santos. En este tiempo, nos resulta más difícil porque apenas nos alejamos de los muros catedralicios y portamos una masa de plata de escasa merced que donó a la ciudad Juan Segundo, el padre de mi reina, pero que resulta ineficaz para transmitir el mensaje, para explicar convenientemente al pueblo, sin palabras, la gracia de la Eucaristía.

Medité unos instantes sus palabras. Él me observaba de soslayo, con una leve sonrisa dibujada en sus labios. Le hice un gesto para que se acomodase en la silla que le trajeron nada más entrar en el taller.

- Me paso horas y horas sentado todos los días, escuchando a la gente. Eso es muy importante. He aprendido mucho atendi-

endo a las inquietudes de mis fieles. Me hace esforzarme para intentar que obtengan cosas que son esenciales para los más necesitados que vienen a verme...

- Quisiera saber... -le dije con timidez.

- ¿Os preocupa conocer mi opinión sobre el trabajo que estáis realizando? - inquirió él susurrante-. Vamos a dar un paseo...

Era tarde. Dispuse que el encargado diera por finalizada la jornada y casi sin arreglarme salimos a la calle. Cisneros ordenó a su ayudante que nos siguiera, de lejos, con la carroza.

Le costaba caminar, cada paso suponía un gran esfuerzo para él. No en vano, acababa de cumplir los ochenta años. No obstante, su rostro estaba iluminado por la calma, en sus ojos persistía la inquietud por lo que le rodeaba. Miraba a su alrededor fijándose en cada esquina, ventana o alero y, por supuesto, en todas las personas que se cruzaban con nosotros, paralizadas al descubrir al gran personaje que paseaba por su barriada. El cielo se iba tiñendo de un resplandor rojizo, muy intenso, propio de un atardecer cálido.

- Observar la vida, lo que te rodea, las condiciones que soporta el pueblo, me permite adoptar decisiones que puedan ayudar a las personas. En mis caminatas por las calles, ahora me cuesta más hacerlo por la edad, descubro el dolor y miseria de los que soportan su existencia agazapados en la oscuridad de la injusticia. A todos ellos hay que darles alimento y protección. Por eso he fundado varias congregaciones cuya misión es cuidar a las personas sin hogar y curar a los enfermos.

Ya conocía el consuelo de todo tipo que ofrecía el cardenal a las gentes más pobres, y su fama de generoso después de crear colegios, escuelas y hospitales, pero era una bendición escuchar de sus propios labios lo que motivaba sus acciones hacia los demás.

- Y a vos, maestro -dijo con gravedad-, os necesito para que nos ayudéis a dar alivio y ofrecer esperanza a los atormentados acercando la Eucaristía a sus corazones con una obra excelsa. Habíamos llegado a una explanada ante la puerta del monasterio de San Juan de los Reyes.

- Este es uno de los lugares que más me agradan de la ciudad, mi antigua casa. El viento siempre llega hasta aquí cargado de savia, muy limpio...

- Eminencia... -pronuncié interrumpiendo sus pensamientos. Me sentí molesto por hacerlo.

El cardenal me tomó del brazo llevándome hasta el borde de un precipicio. La panorámica me dejó sin habla. La había visto otras veces, pero nunca con aquella luz tan mágica. El rumor del río ascendía hasta nosotros, refrescándonos con su sonido. La voz del cardenal me resultó agradable en aquel entorno:

- Os lo dije hace casi un año ¿lo recordáis? Estuvo bien. Fue muy ameno el paseo que dimos juntos por la calle Hombre de Palo; sois un buen acompañante; y fue delicioso el desayuno que tomamos en un figón cercano a la Catedral, os empeñasteis en invitarme. Aquel día os lo dije. Vuestros ojos no engañan, sois un gran artista, el mejor. Hasta entonces ningún cliente os había explicado el sentimiento que debe anidar en la creación y el trabajo de los hombres, lo comentamos aquella mañana...

- Cierto -contesté-, nunca he tenido un cliente empeñado en mostrarme la médula, el sentido de lo que buscaba.

- Me alegro, maestro, Y me siento feliz al comprobar con mis propios ojos, como lo he hecho esta tarde, de que los habéis entendido muy bien. Lástima, lástima de que no pueda estar ahí, en ese momento que tanto concibo y que me gustaría compartir.

- ¿Por qué decís eso? —pregunté turbado.

- Por una razón que no tiene remedio, ni vuelta atrás: vos necesitáis tiempo para culminar la custodia que os he pedido, para lograr esa perfección que buscamos ambos. Y a mí lo que me falta es tiempo, os lo aseguro. No estaré en el gran momento, nunca veré terminada vuestra obra. Pero eso no importa. Hoy he disfrutado al comprobar que se cumplirá mi deseo. Será grandiosa, no hay duda, un trabajo que durante siglos producirá admiración y respeto. Y lo más importante: sé que estará al servicio de la señal esencial, porque lo vivís con lo misma intensidad con que yo lo vivo. ¿No es así?

- Con idéntico convencimiento hago mi trabajo, casi sin darme cuenta del esfuerzo, porque estoy volcado para lograr el efecto y las sensaciones que anhelamos ambos.

Apenas contuve las lágrimas, varios años después, en el mismo instante que la custodia dejaba la Catedral. También sentí mucha satisfacción y la quise compartir con él, seguramente estaría feliz descubriéndolo todo desde la distancia.

Ciertamente, él no estaba allí, tal y como vaticinó. No vio salir la custodia a las calles, pero Cisneros estaba allí. Era nuestra obra, de los dos. Yo había seguido su motivación e inquietud paso a paso, con el mayor esmero para arropar el ostensorio de su reina, para hacer que el viril resaltase el pan eucarístico sin que nada perturbase lo fundamental. Yo había destruido piezas, había repetido su fabricación, había probado mil maneras para encajar el conjunto, sin prisas, buscando el primor ingeniado en la arquitectura de la custodia.

El cardenal habría disfrutado viendo a las gentes con el asombro en sus rostros y con miradas de devoción. Un rumor sordo, una alegría profunda y silenciosa, se extendió por la calle cuando la luz del exterior se posó en el templete que había construido con mis manos sin que el metal frenase la caricia de los rayos del sol. El resplandor del pan sagrado conmovía a las gentes. Mi custodia no detenía los deseos y plegarias; el conjunto las impulsaba hacia lo más alto. Así me lo pidió él durante una fría mañana en la más recóndita capilla de la Catedral, entre las brumas que aprisiona el templo a los horas de los duendes. Lo hizo cardenal con el ánimo encendido y una humanidad que me atrapó al instante.

Tuve un verdadero Maestro. Debo reconocerlo. Y desde que lo conocí siempre ha estado junto a mí. Me hubiera gustado que su compañía hubiese durado más tiempo, haber tenido la oportunidad de verle al lado de la Custodia aquel Jueves en el que se cumplieron, en parte, sus sueños y los míos.

Firma la presente ENRIQUE DE ARFE, de profesión orfebre, en el año mil y quinientos y veinticuatro bajo el reinado del emperador Carlos Quinto^o.